

LAS VOCACIONES CRISTIANAS EN LA IGLESIA

Dios llama a quien quiere y como quiere según su designio de amor para cada uno. Nos referimos a estas llamadas con el término vocación. La primera llamada que recibimos, que, como toda vocación, expresa el amor de Dios hacia nosotros, es **LA VOCACIÓN A LA VIDA**. Es el primer dato que emerge desde el inicio de la Biblia (Gén 1,3). Para la Biblia, “llamar”, “dar nombre a una cosa” significa darle existencia. Esta es la primera llamada.

Dentro de esta primera vocación, Dios ofrece su plan de salvación a los hombres: los convoca a construir el Reino, al estilo de Jesús. **LLAMA A UNA EXISTENCIA CRISTIANA**. Ésta se entronca con una decisión de la vida, que hace de Dios el fundamento pleno del existir. La vocación cristiana supondrá hacer de la vida una opción por los valores cristianos: es la opción fundamental para todos los que se sienten cristianos sin distinción tanto sacerdotes como laicos.

Está también la vocación específica que es la llamada hecha por Dios a cada uno, que determina su vocación personal, original y única, que se configura en un estilo de vida determinado. La forma de dar respuesta a esa invitación de Dios a vivir la existencia cristiana, determina la vocación específica. Podríamos definir las **VOCACIONES ESPECÍFICAS** como los distintos proyectos vocacionales de vida existentes en la Iglesia, a través de los cuales, puede realizar su vocación particular o personal cada creyente: matrimonio, sacerdocio, vida consagrada, soltería comprometida...

No hay vocaciones mejores ni peores, como tampoco existen vocaciones en general. Dios llama a personas concretas. Sí hay algunas distinciones entre las vocaciones específicas como hemos visto. Pero no en cuanto a grados de compromiso, considerando a los sacerdotes como cristianos de primera y a los laicos como cristianos de segunda, sino para la complementariedad y como expresión de la riqueza del don de Dios a los hombres.

Toda vocación es, a la vez, un don y una responsabilidad. Requiere necesariamente una respuesta libre, positiva y amorosa por parte del hombre, pero es siempre Dios quien toma la iniciativa. La vocación es, por ello, ante todo, regalo, el designio de amor para nosotros. Todas las vocaciones son llamadas a vivir de forma concreta el amor que es el distintivo de los cristianos y cada vocación manifiesta un aspecto del misterio de Cristo, un servicio específico a la Comunidad cristiana.

Así, **LOS LAICOS**, por el bautismo y la confirmación están llamados a ser testigos de Cristo y a trabajar a favor del Reino de Dios. Lo que les caracteriza de modo peculiar, pero no exclusivo, es la secularidad. Es decir, su misión consiste en hacer presente a Cristo en las condiciones ordinarias de vida de la sociedad y cultura que habitan, particularmente en el ámbito de la familia y el trabajo. Esto no excluye la construcción de la comunidad eclesial, que ha de ser signo y germen del Reino con distintos ministerios.

Dentro de la vocación laical, la vocación al **MATRIMONIO** radica, precisamente, en que los esposos se amen de tal manera que sean signo, que ejemplifiquen, testimonien y visibilicen, lo que significa el amor de Dios a su pueblo y el amor de Cristo a la Iglesia. En un mundo que cada vez desconoce más a Dios y escucha menos a la Iglesia, los esposos cristianos están llamados a amarse de tal manera que la gente que les conozca pueda entender qué significa el amor que predica la Iglesia, el amor de Dios. Aquellos laicos que no llegan al matrimonio tienen que vivir su soltería de forma comprometida según su vocación laical. Esta situación abre las posibilidades a ministerios muy ricos dentro de la Iglesia. Así, *dentro del estado de vida laical se dan diversas «vocaciones»*, o sea, diversos caminos espirituales y apostólicos. A los fieles laicos está abierta la posibilidad de profesar los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia a través de los votos o las promesas, conservando plenamente la propia condición laical¹.

¹ CFL 56.

LOS SACERDOTES están llamados a ser signo en medio de la Iglesia de Cristo Cabeza que anima y dirige a la comunidad en el amor. Lo fundamental del ministerio ordenado es el trabajo y la responsabilidad de la construcción de la comunidad eclesial. Más concretamente, el servicio propio del sacerdocio ministerial radica en ayudar a que florezcan los carismas individuales y grupales que se dan en el seno de la comunidad cuidando que sirvan para el bien común de la misma. Así es como el sacerdocio ministerial se ordena al sacerdocio común de todos los bautizados². La conformación con Cristo hasta representarle en la comunidad supone una identificación radical con Cristo Pastor, que atraviesa toda la existencia del sacerdote.

LOS RELIGIOSOS significan la presencia de Cristo pobre, casto y obediente que sigue hoy entregado a los más pobres, es decir, el mismo modo de vida de Jesús. Su gran servicio es mantener, en medio de la Iglesia y del mundo, esta memoria de Jesús, predicar y testimoniar existencialmente la vida de Jesús. Lo propio de la Vida Consagrada radica, pues, en convertirse en memoria viva del mismo Jesús en el mundo y en la comunidad cristiana.

Estas vocaciones se complementan mutuamente. La Vida Consagrada le recuerda al ministerio ordenado, a los sacerdotes, que la institución eclesial no es un fin en sí misma y que la realización de su misión no debe alejarse de las opciones que Jesús tomó para anunciar y predicar el Reino. Este ministerio ordenado discierne los carismas de las distintas Congregaciones velando que sean de verdad manifestaciones del Espíritu.

La misión de los laicos es indispensable. Sin su participación activa y comprometida no se dará la inculturación del evangelio. La Vida Consagrada recuerda existencialmente a los laicos algunas de las dimensiones densas de la vida de Jesús y del Reino. Los laicos enriquecen a la Vida Consagrada pues le hacen ver que es en las condiciones de secularidad donde la mayoría de la población se debate por una vida digna y plena, y que no pueden juzgar prepotentemente a los demás desde unas condiciones tan particulares y poco generalizadas.

Todas las vocaciones pueden enriquecerse con la vivencia de los distintos carismas, participando en su espiritualidad y misión. Es el caso del Carisma Amigoniano que es compartido por sacerdotes, religiosos y laicos según veremos más adelante.

En toda vocación cristiana existe siempre una cordial llamada de Dios, hecha a la libertad del hombre. Esta llamada aparece como una forma peculiar de amor. Necesitamos tomar conciencia del amor de elección, del amor sponsal que Dios nos tiene. Sentirnos constantemente amados y favorecidos por Él constituye una excelente disposición para adorarle y unirnos al himno de acción de gracias que en su honor entona toda la creación.

Pero es también importante que exista una comunidad eclesial que ayude de hecho a descubrir a todo llamado la propia vocación. El clima de fe, de oración, de comunión en el amor, de madurez espiritual, de valor del anuncio, de intensidad de la vida sacramental, convierte a la comunidad creyente en un terreno adecuado no sólo para el brote de vocaciones particulares, sino para la creación de una cultura vocacional y de una disponibilidad en cada uno para recibir su llamada personal. Cuando un joven oye la llamada y emprende en su corazón un proceso de búsqueda para realizarla, allí, normalmente hay una comunidad que ha creado las premisas para esta disponibilidad obediente.

Es como decir: la fidelidad vocacional de una comunidad creyente es la primera y fundamental condición para el florecimiento de la vocación en cada creyente, especialmente en los jóvenes. Todos

² Todos somos sacerdotes con Cristo por el Bautismo, es el sacerdocio común de todos los bautizados. Algunos cristianos en la Iglesia son llamados a la vocación sacerdotal o sacerdocio ministerial.

somos responsables de promover las distintas vocaciones específicas en la Iglesia, también aquellas de especial consagración, la Vida Religiosa y el Sacerdoció. Y la primera forma de hacer esto es siendo fieles y exigentes en la vivencia de nuestra propia vocación.

Guía de trabajo

1. ¿Cómo podría explicar a alguien lo que es la vocación?
2. ¿Y si me preguntan por las distintas vocaciones que existen?
3. ¿Soy consciente de estar viviendo la vocación laical como un proyecto de amor al que el Señor me ha llamado de forma especial? ¿Busco la vocación que el Señor tiene para mí?
4. Comparto con el Animador Espiritual, bien sea un religioso Amigoniano u otro sacerdote, o también un laico compañero de comunidad que pueda ayudarme, todas las inquietudes que han ido surgiendo en el estudio de este curso. Incorporo a mi Proyecto Personal de Crecimiento si hay algún aspecto que considero apropiado para él.